

ro el medio ordinario debe ser la apacibilidad, pues es más provechosa.

No muestre el Director horror con las tentaciones de sus penitentes por más feas ó impías que sean; tanto porque ordinariamente no se tiene culpa en sentirlas, como porque así perderán la confianza y ya no manifestarán tales tentaciones.

La misma conducta observe el Director si el penitente no solo es tentado, sino que de hecho cae en faltas notables y aun pecados graves, como puede suceder aún á las personas que tienden á la perfección. Guárdese de actos de admiración, de reprensiones acres, celo indiscreto, etc.

Las almas delicadas de conciencia después de caídas suelen quedar sin aliento; por lo cual tienen necesidad de ser reanimadas con palabras dulces, llenas de esperanza. Para haer esto piense el Director que él puede caer en tales faltas, y así trátelas con dulzura, haciéndolas que se conozcan y humillen sin perder la paz; que desconfien de sí mismas y pongan toda su confianza en Dios. Mas si esto no obstante se muestra el discípulo incorregible, compádezcalle, dele nuevos consejos, ayúdele, muéstrelle ansias de su aprovechamiento y entrañas de amorosa madre; sobre todo recurra á la oración, á fin de alcanzar la gracia para su dirigiendo.

A la dulzura de corazón se debe añadir la paciencia en sufrir las molestias de los penitentes,

según aquello de S. Pablo: *Debemus nos firmiores infirmitates infirmorum sustinere*, y esta paciencia contribuye al remedio de los penitentes. Acuértese de aquellas palabras de S. Bernardo: *Discite subditorum matrem vos esse debere, non Dominos. Studete magis amari quam metui. Et si interdum severitate opus sit; paterna sit, non tyrannica*. Mas á las mujeres no se les debe mostrar este afecto espiritual, pues no es conveniente ni para el Director ni para ellas.

CAPITULO IX

Lectura de los libros santos. Tercer medio para la perfección.

La lectura de los libros santos, según S. Bernardo: *Valde nobis est necessaria, nam per lectionem discimus, quid facere, quid cavere, quod tendere debeamus. Unde dicitur. Lucerna pedibus meis verbum tuum et lumen semitis meis.*

Esta lección ayuda mucho á las personas mundanas para entrar en el camino del Señor, y á las espirituales para caminar velozmente por él y hacerse santas según decía también S. Bernardo: Hay en esta mesa de la doctrina católica viandas proporcionadas al paladar de los pecadores, que tienen virtud de reducirlos á la vida de la gracia; y las acomode al paladar de los justos, á quienes dan vigor para crecer y perfeccionarse en esa misma vida.

Advierta el director que la lección se ha de

aplicar a la voluntad; de manera que esta la
guste, tome sabor y prácticamente la haga su
ya moviéndose a la ejecución de las obras.
Por lo que dijo S. Bernardo: *supra ad regendum
accedit, non tam quærat scientiam quam saporem.*

Al comenzar la lectura levántese la mente a
Dios y protéstese no leer por curiosidad, sino
por deseo de aprovechar, diciendo: *Loquere
Domine quia tuus est servus tuus.*

Le lección no debe hacerse de prisa, sino con
atención, pausa y reflexión para que produz-
ca el fruto deseado. Poco aprovecha leer mu-
cho quando no se lee bien.

De la lección escójase algún sentimiento de
voto para traerle consigo, meditarlo entre día
y tener el espíritu recogido con Dios; dando
gracias a su Majestad por las luces y afectos
que les haya comunicado en la lección.

Procure el Director que sus discípulos lean
libros provechosos y acomodados a su necesi-
dad.

Esta lección ayda mucho a las personas
mandadas para entrar en el camino del Señor.

CAPITULO XVIII

*Meditación de las verdades de nuestra fe. Cuarto
medio para la perfección.*

Esta meditación es el medio muy importante
para observar la ley de Dios en quanto a la
substancia, según estas palabras de Jeremías:
Desolatione desolata est omnis terra quia nullus

est qui recogitet corde, y lo es también para obser-
varla con perfección; la razón es porque la verda-
dera perfección del cristiano consiste en la
devoción para con Dios, que consiste en la pron-
ta voluntad de ejecutar todo lo que es de obse-
quio, servicio y agrado de Dios; mas para adqui-
rir tal devoción de la cual nace la caridad pronta
y eficaz, y consiguientemente la perfección; es
medio necesario la meditación, y así dice Sto.
Tomás: *Necesse est quod meditatio sit devotionis
causa, in quantum scilicet homo per meditationem
concepit quod se tradat divino obsequio.*

Mas con esto no quiere decirse que en todos
haya necesidad física ó metafísica de la medi-
tación, pues en personas muy rudas é inhábi-
les para reflexionar y discurrir pausadamente,
suple Dios ó con la lección espiritual si son
capaces de ella, ó con oraciones vocales hechas
con más frecuencia de lo acostumbrado, y por
este medio les comunica sus luces y nociones
que las hacen prontas a las cosas del divino
servicio. Solo decimos que la meditación es mo-
ralmente necesaria y esto a quien sea bastante
capaz de hacerla: De estas personas se verifica-
rá que les es muy difícil y moralmente imposi-
ble conseguir la perfección sin el ejercicio
diario de la meditación.

CAPITULO XI

*De la preparación para meditar.—Meditación.
Dificultades —Advertencias.*

Esta preparación es, ó bien remota que consiste en la moderación de las pasiones, pureza de corazón y recogimiento interior, en medio de las ocupaciones exteriores; ó próxima, que consiste en algunos actos con los cuales la persona al principio de su meditación se dispone para hacerla bien según estas palabras del Eclesiástico: *Ante orationem praepara animam tuam et nolle esse quasi homo qui tentat Deum.* Esta preparación consiste en tres actos: ponerse en la presencia de Dios, pedirle su favor y ayuda, y hacer la composición de lugar acerca del misterio que se medita; cuyo misterio, si tiene objeto corpóreo, tal composición debe ser sensible y de imaginación; mas si no tiene nada de corpóreo, no convendrá formar estas imaginaciones poco conformes á la verdad; exceptuando á los principiantes á quienes pueden ser necesarias tales imaginaciones.

De la meditación.

Concluídos los actos preparatorios, se comienza la meditación, distribuida de antemano en varios puntos, ó supliendo esto con la atenta lectura de algún libro espiritual. Esta meditación no consiste en otra cosa que en un ejercicio de las potencias, entendimiento y voluntad,

acerca del misterio propuesto. Después de representado el misterio, reflexiónese sobre él muy despacio hasta quedar convencidos de sus enseñanzas. Estas reflexiones han de ser prácticas, ordenadas á mover la voluntad y aficionarla á Dios y á las sólidas virtudes.

Después de penetradas por el entendimiento las verdades, la voluntad se sentirá inclinada á seguir lo que el entendimiento le ha propuesto y prorrumpirá en afectos santos que son todo el fruto de la meditación, y tan diversos como lo que se medita.

Los propósitos no se han de hacer en general solamente, sino que se ha de descender á casos particulares y prácticos que han tenido ó puedan tener lugar, y en éstos se fijarán las resoluciones. La meditación se concluye con un coloquio, que consiste en los afectos más fervientes proporcionados á la meditación que se ha hecho, y principalmente en ruegos, observaciones más humildes, confiadas y encendidas para alcanzar auxilios particulares y sobre todo para ejecutar lo determinado.

La meditación no es solamente para Religiosos ó letrados; pues consiste en el ejercicio de las tres potencias: memoria, entendimiento y voluntad; y así, quien tiene el uso libre de tales potencias, puede fácilmente meditar. El buen resultado de la meditación depende de la gracia, para la cual es mejor disposición una buena voluntad que un elevado entendimiento.

Muchos dejan la meditación por las frecuen-

tes distracciones que padecen; mas tengan éstos presente que las distracciones, si no son voluntarias, no impiden que la meditación sea santa y meritoria y así no debe dejarse. Como tampoco se ha de dejar si son voluntarias tales distracciones, sino únicamente corregir éstas.

Impídense las distracciones con la presencia de Dios esforzándose en mantenerla con el mayor empeño; mas si á pesar de todo siguen, vuélvase luego á la presencia de Dios, confundiendo de la irreverencia, bien que involuntaria, y si cien veces sucede ésto, cien veces haga lo mismo. Tal oración será muy agradable á Dios.

Muchos meditan de buena gana cuando tienen sensibilidad y dulzura; pero dejan la meditación ó la descuidan si tienen sequedad; mas debe advertirse que la sustancia de la devoción, no está en la sensibilidad, sino en la voluntad pronta á los actos de obsequio, honor y servicio de Dios; lo demás es accidental. Y así si el alma que sufre arideces en su meditación se humilla en presencia de Dios, se conforma con su voluntad y persevera constante en todos sus ejercicios, está llena de devoción sustancial, y le es ordinariamente de mayor mérito tal oración, si hace lo que debe, que otra llena de consuelos.

Otros por estas sequedades creéanse abandonados de Dios; pero estas sequedades, desolaciones y obscuridades, las más veces son signo de especialísimo amor de Dios, pues acostum-

bra su Majestad en el principio de la vida espiritual dar consuelos sensibles para unir las almas á su servicio y separarlas del mundo; pero después les retira la dulzura y suavidad, para que desasidos ya de los placeres, carnales se despeguen también de los espirituales y comiencen á obrar el bien, no por gusto sino por verdadera virtud.

Otros hay á quienes las tentaciones retardan en la práctica de la meditación; mas en estos casos es preciso combatir y perseverar en la oración mental.

Advierta el Director lo siguiente: 1º Insinúe el ejercicio de la meditación á personas que si quieren pueden dedicarle algún tiempo; á las personas inocentes ó de buenas costumbres; á las que se hayan movido al arrepentimiento con ocasión de misiones, sermones, confesiones generales, etc., sobre todo á los Eclesiásticos y Religiosos; finalmente, á todos aquellos que reconociere capaces de meditar.

2º El que ha comenzado este ejercicio no lo deje por motivos ligeros y menos por tedio, distracciones ó tentaciones que le ocurran en la oración.

3º La materia de las meditaciones debe proporcionarse al estado de cada uno: las que inspiran temor y contrición á los principiantes; las que animan á la virtud á los proficientes, y las más idóneas para engendrar el amor de Dios á los perfectos, aunque á veces se pueden y deben tomar las de otro estado. Nadie se exi-

ma de meditar la vida y pasión de Jesucristo.

4º La medida de las meditaciones proporciónese á las ocupaciones del sujeto y á la calidad de su espíritu y salud corporal. A la regla general se añade esta particular: tenga cada uno establecida una hora ó media diaria de meditación, que no se deje por ninguna sequedad y que se pueda alargar, sin perjuicio de la salud y empleos.

5º Los mejores tiempos para meditar son la mañana, la tarde y la media noche; si se orare una sola vez, que sea en la mañana; si dos, en la mañana y en la tarde, cuando no hay espíritu para interrumpir el sueño levantándose á media noche.

6º A los que sienten dulzura en la oración adviértaseles que la perfección no consiste en esto sino en la mortificación interior y exterior, y en el ejercicio de las sólidas virtudes; que tal dulzura es indicio de su flaqueza y que presto pasa, por lo cual deben estar dispuestos á recibir las sequedades, y procuren, en tiempo de consuelos, ser muy humildes con Dios.

7º Cuando hay aridez en las almas debe indagarse la causa, que puede ser nuestra negligencia, ó las tentaciones del demonio, ó bien Dios que las quiere probar. Si es nuestra negligencia, procúrese la enmienda con remedios adecuados al mal; si son tentaciones del demonio, aplíquense los remedios que se dan contra dichas tentaciones. Se conoce esta causa cuando el alma está abatida con vanos temores, escrúpu-

los, desconfianzas, vanas atenciones, tentaciones impuras, agitaciones interiores, etc. Cuando no hay en el penitente defectos notables, complacencias vanas, sugerencias diabólicas, Dios es quien quita la devoción sensible. En tal caso procure el Director que su penitente no se inquiete y desanime, y sobre todo, que no deje sus meditaciones; procure que se humille y confíe en Dios. Esto se debe hacer aun cuando la aridez provenga de otras causas.

CAPITULO XII.

El quinto medio para conseguir la perfección es la oración de ruegos, mental y vocal.

Sin esta oración es imposible conseguir la salud eterna y mucho menos la perfección; porque nosotros, sin una ayuda especial de Dios, no podemos vivir largamente en su amistad lejos de culpa mortal, por los muchos impulsos de nuestras pasiones, por los atractivos de los objetos externos, tentaciones, etc.; mas esta ayuda especial no se dá de ordinario, sino á quien la pide, y así dijo S. Agustín: *Nullum credimus ad salutem, suis Deo invitante venire: nullum invitatum salutem suam, nisi Deo auxiliante operare; nullum nisi orantem auxilium procurari.* De aquí es que hay grave obligación de pedir y rogar especialmente en las graves tentaciones y en los negocios peligrosos.

El principal objeto de nuestros ruegos deben ser los bienes espirituales, á saber: vivir en gracia de Dios, agradar á su Majestad, gozar para siempre de su gloria, vivir y morir en él. El objeto secundario pueden ser los bienes temporales que se han de pedir: "*Ut nobis concedantur secundum quod expediunt ad salutem* (Sto. Tomás.)—Debemos pedir unos por otros: *Orate pro invicem ut salvemini: (Jacobus)* y esta oración es más agradable á Dios que la que hacemos por nosotros, y "*Etsi eis non prosit ego tamen non sum frustratus mea mercede,* (Sto. Tomás)—y nosotros con nuestros incesantes ruegos removeremos los impedimentos que haya para la salvación de nuestros hermanos.

Respecto del que ora, conviene que esté en gracia, pues así está más dispuesto á recibir los favores de Dios; mas si ha caído en pecado mortal no debe abstenerse de orar frecuentemente, pues como dice Sto. Tomás: "*Orationem peccatoris ex bono maturae desiderio procedentem, Deus audit, non quasi ex justitia, quia peccator hoc non meretur, sed ex pura misericordia.*" Y se da la razón: *Oratio in impetrando non innititur meritis nostris sed soli divinae misericordiae.*

Y así nadie debe abandonar la oración de ruegos, pues es un medio necesario á todos, y muy eficaz, según aquello de Jesucristo: *Amen dico vobis si quid petieritis Patrem in nomine meo, dabit vobis.* Y así Suárez afirma: *Si quis oret perseveranter, petendo perseverantiam in gratia infalibiler eam esse impetraturam.*

Mas para que los ruegos sean eficaces deben tener cinco condiciones: pedir para sí; pedir cosas necesarias á la salvación, y pedir las con fé, humildad y perseverancia.

Acerca de la oración vocal disputan los Teólogos acaso sea de precepto ó no; mas sea de esto lo que fuere; lo cierto es que la oración vocal es utilísima y nadie la debe dejar. Es utilísima: 1º porque despierta la devoción interior y nos ayuda á elevarnos á Dios: 2º porque debemos honrar á Dios con alma y cuerpo: 3º porque con la oración vocal se desahoga el corazón y se nutre el amor divino. Mas estas oraciones se han de hacer con atención de la mente y afecto del corazón, de otra manera serán poco agradables á Dios y de ningún fruto, cayendo sobre oración tan insulsa, la reprensión de Dios: *Populus hic labiis me honorat, cor autem eorum longe est a me* [Isaías.] Tres maneras hay de atención en la oración vocal, dice Sto. Tomás: *Una quidem qua attenditur ad verba, ne aliquis in eis erret: secunda, qua attenditur ad verborum significationem: tertia qua attenditur ad finem orationis, scilicet ad Deum, et ad rem pro qua oratur.* Respecto de la primera para ser de algún valor necesita ir acompañada de la presencia de Dios y del ánimo de orar. Esta es suficiente; pero la segunda es buena y muy útil. La tercera es la mejor y puede ser de gran utilidad para quien seriamente se aplica á ella. Sto. Tomás la llama muy necesaria especialmente para aquellos que no entienden el latín. Respecto

de las distracciones dice Sto. Tomás: *Si quis ex proposito in oratione mente evagatur, hoc peccatum est et impedit orationis fructum; y añade: In spiritu et in veritate orat qui ex spiritus instinctu orandum accedit; etiam si ex aliqua infirmitate mens per modum evagetur.*

CAPITULO XIII

Advertencias al Director sobre lo antecedente.

1ª El medio principal más seguro para conseguir la virtud y todo bien espiritual es la oración de ruegos y el frecuente recurso á Dios.

2ª Hay algunos pusilánimes que por no haber conseguido el bien espiritual que piden, se desaniman diciendo: que ni Dios ni los santos los atienden por sus pecados; mas esto es una inspiración del demonio para que dejen de orar ó para que sea ineficaz su oración. Esto no es humildad, pues ésta cuanto más abate por el propio conocimiento, tanto más levanta la confianza en Dios.

3ª Señálese una medida más abundante de oraciones vocales á quien no es apto ó no tiene el uso de meditar, y una tasa más copiosa de oraciones mentales á quien se ejercita en ellas con provecho espiritual.

4ª En las oraciones vocales atiéndase á aquello de S. Agustín: *Hoc plerumque negotium plus gemitibus quam sermonibus agitur, plus fletu quam*

effatu. Si se rezan muchas oraciones precipitadamente y sin atención, redúzcase á la tercera ó cuarta parte, compensando con el recogimiento el número, sin dejar de rezar lo señalado sin justa causa.

5ª A la atención, afecto interior y constancia en la oración vocal, debe añadirse la decencia exterior, estando de rodillas ó en otra postura decente. Adviértase que cuando se reza con ánimo de orar, como al rezar el Oficio, se han de quitar las distracciones que provienen de las obras exteriores, abandonando estas.

6ª Si las personas que tienen don de oración, recitando oraciones vocales notan que pierden el recogimiento interior, deben dejarlas por entonces.

CAPITULO XIV.

El sexto medio para conseguir la perfección es la presencia de Dios.

La presencia de Dios es el pensamiento ó memoria de su Majestad con que en todos lugares y en todas nuestras ocupaciones le miramos presente y nos volvemos á él con nuestros afectos. De esta divina presencia redunda todo bien espiritual á nuestras almas; porque tanto más perfecta es una cosa en su ser, cuanto más se acerca á su principio; por esto cuanto más nos acercamos á Dios que es nuestro primer prin-

cipio y origen de toda perfección, haciéndole presente á nuestra mente con buenos pensamientos, tanto más perfectos seremos.

La presencia de Dios puede hacerse por representaciones sensibles, como representándonos á Nuestro Señor Jesucristo. Mas quien tenga esta presencia, no cuide de figurar las facciones, color, etc., del rostro del Señor; porque esto causa gran fatiga intelectual; sino después de una representación en confuso pase á los afectos. Este modo de estar en la presencia de Dios es más fácil á los que tienen don de oración; á los que no lo tienen aconséjeles el Director, que se pongan en la divina presencia con pura fe, considerando, independientemente de toda imaginación, que Dios nos ve, nos oye, nos rodea y ninguna de nuestras acciones se le escapa.

También se puede tener presente á Dios dentro de nosotros mismos, pues somos templos de él y en nosotros habita el Espíritu Santo de una manera especial. Este medio es el más útil y provechoso de todos.

Hay tres modos que facilitan el ejercicio de la presencia de Dios en las ocupaciones exteriores. El primero consiste en levantar frecuentemente el corazón á Dios con jaculatorias, que cual saetas hieren el corazón de su Majestad é inflaman el nuestro. El segundo modo consiste en dirigir con pura intención nuestras acciones á Dios Nuestro Señor, para hacer en ellas su santísima voluntad; y esto se hace al principio

y mientras dura la obra. Este afecto no interrumpido ó renovado frecuentemente, de agradar á Dios, es una memoria amorosa de él, y por consiguiente, verdadera y perfecta presencia divina. El tercer modo consiste en procurar entre día algún retiro conforme al propio estado y empleo. Si nuestros empleos exigen estar en el público, Dios se nos comunicará siempre si le buscamos con rectitud de intención y con frecuentes jaculatorias.

El Director haga mucho caso de este ejercicio y promúevalo con gran empeño en el penitente, pues la presencia de Dios en algún sentido es más necesaria que la meditación, que algunas veces puede ó debe omitirse, mas nunca este ejercicio de que hablamos.

Examine el Director la oración de su penitente, y de esta tome las reglas que dirijan al mismo penitente en el ejercicio de la presencia de Dios. A las personas de imaginación exaltada no les conviene la presencia de Dios por la imaginativa, pues corren gran peligro de alucinación ó daño en la salud.

Si la persona es distraída ó fácil en perder la presencia de Dios, válgase el Director de varias industrias, como que eleve amorosamente su alma á Dios al sonar las horas, al principio de sus obras, etc. Si á pesar de esto no se consigue la presencia de Dios en las ocupaciones exteriores, no hay más remedio que despertar en el penitente el deseo y amor de Dios y de su aprovechamiento, por los medios dados y por dar.

En la presencia de Dios no hay que olvidar el recogimiento interior. Este recogimiento es el fundamento de todo el edificio espiritual; sin él es imposible adelantar en la perfección, pues para esto es necesario unirse más y más con Dios, lo que no se alcanza sin tal recogimiento. Puede decirse que el origen de nuestras imperfecciones, ordinariamente es la falta de este recogimiento y atención sobre nosotros; y por el contrario son admirables los provechos que se sacan de él, pues solo las almas recogidas gustan de Dios y sienten la verdadera dulzura de la virtud.

Los medios para alcanzar la presencia de Dios, son los siguientes.

1º Evitar la demasiada prisa en lo que se hace, sin emprender lo que impida cumplir con libertad nuestros ejercicios de devoción. 2º No derramar el corazón en lo poco necesario de modo que quede seco para la oración. 3º Velar sobre nosotros continuamente procurando estar siempre dispuestos á orar. 4º Hacernos dueños de nuestras acciones sobreponiéndonos á nuestros empleos. 5º El silencio y retiro. 6º Para mayor facilidad en el ejercicio de la presencia de Dios se toma alguna señal que nos haga acordar, como al sonar el reloj, al empezar ó concluir una obra, la vista de una imagen. 7º La moderación y sosiego en lo que se hace poniéndose por modelo á Jesucristo. 8º Las frecuentes consideraciones, la petición de este don y la devoción á los Santos.

CAPITULO XV

La confesión sacramental.

El séptimo medio eficazísimo para llegar pronto á la perfección, es la fuente de la confesión sacramental con las debidas disposiciones. La razón es porque con ella se adquiere la pureza de corazón, que es la última disposición para recibir el divino amor. Esta pureza consiste en una exacta guarda del corazón, vigilando sobre las propias acciones, para no caer en una solicitud muy cuidadosa de purificarnos de nuestros defectos. Estos son los efectos de la frecuente confesión. Nada nos limpia de toda suciedad como la confesión, porque en ella nos bañamos con la sangre de Jesucristo. Es también medio eficaz para hacer cauta al alma para no caer; pues el huir de los defectos, los propósitos y resoluciones le quitan el afecto á las faltas y la hacen cauta para no caer. La gracia del sacramento nos hace fuertes para vencernos y vencer á nuestros enemigos.

Las condiciones que ha de tener la confesión para causar la limpieza de corazón, son estas: 1ª Que sea dolorosa. El dolor ha de ser eficaz para que produzca en el alma la limpieza que se desea; y es eficaz cuando va unido con la firme resolución de no caer jamás en las mismas culpas. 2ª Debe estar acompañado de una sincera humildad, que abatiéndonos por el conocimien-